



Revista de Orientación y Cultura, dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XIV

San Salvador, C. A., Marzo de 1959

Número
135

ORIENTACION

Luz y Vida

Dos palabras evocadoras de alegría y felicidad para los hombres de todos los tiempos, inspiradoras de artistas y literatos y foco de las más íntimas aspiraciones religiosas.

Las contrapuestas sombra y muerte, equivalen a confusión, inercia y desaparición.

La luz representa condición de orden, esperanza, satisfacción y alegría. ¿Y de qué otra manera concebimos la felicidad de la vida?

Luz y vida sensibles; luz y vida espirituales, luz y vida morales.

La admirable correspondencia que existe entre estos tres mundos nos hablan y conducen a un único centro luminoso y manantial de la vida, a Dios.

LUZ Y VIDA EN DIOS

Y Dios se nos presenta así como La Luz y La Vida por antonomasia.

"Dios es Luz", nos dirá el apóstol San Juan, "sin tiniebla u oscuridad alguna" (1 Jo, 1. 5). La luz, ésta sensible a nuestros ojos de carne no es sino una imagen de esa luz vivísima e inaccesible de que Dios se viste y con cuyos esplendores inunda y alegra todo el cielo.

Como fuente de todo cuanto existe Dios es llamado "el Padre de las luces", de la que se nos dice que creó el segundo día para ir poniendo en orden el

amasijo informe y caótico de la materia creada el primero, y de la que infundió con la razón en nosotros, y de aquellas otras de sus dones de entendimiento, ciencia, sabiduría y consejo con que fecunda y desarrolla la vida sobrenatural, o las proféticas anunciadoras del porvenir, o las manifestativas de su voluntad en los escritores sagrados.

Se engañan cuantos pretenden una autonomía luminar completamente desvinculada de esta paternidad luminosa de Dios. Nuestra razón es el dejo luminoso de su impronta, a manera de centellita de su luz con la que vamos rastreando en la obscuridad de nuestras ignorancias sus caminos, que es a lo que se reduce todo genuino progreso y civilización. Cada nuevo conocimiento y aplicación no representa otra cosa sino el hallazgo y el disfrute de disponibilidades puestas a nuestro alcance por Dios en la maravillosa obra de esta creación visible. Son nuevas luces, es verdad, pero ya existentes en potencia, que Dios se recrea en vernos encenderlas al correr de los siglos con la centellita de la razón que se dignó dejarnos a manera de reflejo débil de la ofusadora luminosidad que le es propia.

¿Quién nos hubiera dicho hace años que en cualquier partícula material hay energías capaces de desarrollar una luz varias veces más intensa que la que recibimos del Sol, según se ha comprobado en el estallido de las bombas atómicas? Lo que se nos ha dado a conocer en este mundo material sirve al hombre reflexivo para abrirse con mente y corazón a los misterios de las esplendorosas realidades que Dios tiene preparadas a quienes le aman y que, según su mismo testimonio, están por encima de todo cuanto podemos entender e imaginar.

Dios es luz y también es vida.

Vivir es actividad que parte de uno y termina en uno; es conciencia, libertad, amor y gozo. Nacer, crecer y morir denotan, más bien que vida, sus limitaciones, lo mismo que tiempo y espacio son encuadres en que se aprisiona y recorta la existencia. El ser por excelencia, cuya esencia es existir contiene la plenitud actual de la vida rebasando las categorías de tiempo y espacio, propias de quienes viven por otro, por El en último término, causa y sostén de los demás seres existentes, que no tienen en sí la razón de su existencia y por lo mismo son mudables, nacen, crecen y mueren.

Por eso el nombre de Dios es EL QUE ES, EL QUE VIVE, como se lo dijo a Moisés desde la zarza ardiente, contestando a su pregunta por el nombre que acreditase su misión ante el Faraón e indicando con ello la razón de su soberanía inapelable sobre cuanto no es El (Ex. 3, 14).

La razón humana en todos tiempos ha reconocido la existencia de Dios, si bien no con la claridad del pueblo que El mismo se escogió con el fin de que conservara pura la noción de Dios y nos transmitiera el recuerdo de nuestra caída y la promesa del Redentor. Dios ha sido y sigue siendo para quienes no tienen pervertida la razón el ser viviente por excelencia, la fuente inexhausta e inextinguible del ser y de la vida. Todo puede desaparecer y morir fuera de El. De aquí que para afirmar o confirmar una proposición no han encontrado los hombres medio más firme y seguro que el "Vive Dios", el jurar "por Dios vivo".

Creador de la vida en sus diversas etapas, las ha ido subordinando entre sí hasta llegar de vuelta otra vez a El en el hombre para quien la vida de Dios ha de constituir su dicha o su desgracia eternas, según sea aceptada o rechazada. Porque para Dios nadie muere y "no es El Dios de muertos sino de vivos" en este o en el otro mundo (Marc. 12, 27).

Siendo Dios la suprema afirmación o realidad no puede tolerar frente a sí la mentira, la doblez, la falsedad, la injusticia, el pecado, la idolatría.

Siendo el autor y el término de todo lo creado y especialísimamente de la vida humana, de nada puede usar el hombre sin su permiso, y mucho menos de su propia vida o la de sus prójimos. La inviolabilidad de la vida, taxativamente acentuada en el Antiguo Testamento, ha venido a constituir un principio enteramente nuevo en las constituciones humanas, gracias al cristianismo y a su idea clara de Dios como Creador, Principio y Fin de todas las cosas. Ni los más grandes talentos de la antigüedad, que podemos considerar representados en Platón y Aristóteles, acertaron a ver claramente en este punto. Platón condenaba a muerte a los mal conformados; Aristóteles admite en algunos casos el infanticidio y tiene por lícito el aborto. Hoy los modernos sabios y gobernantes en quienes no brilla la idea genuina de Dios, por haber perdido o no haber conocido la fe cristiana, son los partidarios de las prácticas anticoncepcionistas, del birth control y de las muertes eugénicas.

LUZ Y VIDA EN JESUCRISTO

Unos ocho siglos antes de su venida la anunciaba gozoso el profeta Isaías diciendo: "Levántate, oh Jerusalén, recibe la luz porque ha venido tu lumbrera y ha nacido sobre ti la gloria del Señor" (Is. 60, 1). Y anunciando su obra redentora nos presenta a Dios que dice: "Yo el Señor te he llamado por amor de la justicia y te he puesto para ser el reconciliador del pueblo y luz de las naciones para que abras los ojos de los ciegos y saques de la cárcel a los encadenados y de la estancia de los presos a los que yacen en tinieblas" (42, 6s). "Poco es que tu me sirvas para restaurar las tribus de Jacob y convertir los despreciables restos de Israel: He aquí que yo te he destinado para ser luz de las naciones a fin de que seas la salvación enviada por mí hasta los últimos confines de la tierra" (Is. 49, 6).

Jesucristo era el Mesías, el prometido y al cumplirse la promesa, al venir al mundo y tenerlo en sus brazos el anciano Simeón, éste se convirtió en su poético pregonero para presentarlo como "el destinado para que a la vista de todos los pueblos sea luz que ilumine a las gentiles y sea la gloria de su pueblo de Israel".

Si San Juan había de prepararle sus caminos para introducirlo en el mundo social, su misión se reducía a testificar sobre él "para que todos creyesen en él", pero sin tener luz propia. LA LUZ VERDADERA era el Hijo de Dios hecho hombre, el Verbo o la Palabra, del Padre, su expresión adecuada y perfecta, el resplandor de su gloria vivo retrato de su sustancia (Hebr. 1, 3) que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jo. 1, 9).

Jesucristo, lejos de desmentir los anuncios proféticos, los confirmó con sus palabras y con sus obras en las más solemnes ocasiones y con las más rotundas afirmaciones.

Ante las muchedumbres que acudían a celebrar la Pascua, en la intimidad con sus discípulos o frente a las gentes admiradas por sus milagros, se levantó su voz proclamando: "Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no camina a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida". (Jo. 8, 12). "Mientras estoy en el mundo soy la luz del mundo" (Jo. 9, 5). "Quien cree en mí, no cree solamente

en mí sino en aquél que me ha enviado. Y el que me ve a mí, ve al que me envió. Yo he venido como luz al mundo para que quien cree en mí no permanezca entre las tinieblas" (Jo. 12, 44 ss).

Siempre ha sido la luz concepto muy afín a la vida hasta equipararse con ella y de ahí las expresiones de "dar a luz" o "alumbrar" para denotar la aparición de un nuevo ser vivo y la misma de "luz de la vida" para expresar simplemente la vida o la eclesiástica por la que deseamos a nuestros fieles difuntos "la luz eterna", es decir, la vida eterna.

Pues esta vida eterna nos la viene a traer Jesucristo.

La posee como Hijo del Padre que la recibe de él eternamente de manera inalienable. Porque la tiene en sí, nadie se la puede arrancar y si la puede dar, como hombre, muriendo, también la puede recobrar, como Dios, resucitando. Constituido como segundo Adán de la humanidad, la misión que trae de su Padre es la de devolvernos la que nos perdió el primero, dando, a manera de buen pastor, de El Buen Pastor, la vida por sus ovejas; las cuales debe él recoger para formar de todas un solo rebaño bajo un solo pastor (Jo. 5, 26; 10, 11-18).

Sabemos que este rebaño es su Iglesia, el pacífico reino de Dios que vino a establecer en el mundo con hombres renovados, dotados de una nueva vida recibida de El, además de la natural, que los eleve a la dignidad de hermanos suyos adoptivos y herederos de su gloria. "Yo he venido para que los hombres tengan vida y la tengan en más abundancia" (J, 10, 10).

Con la luz de su doctrina abre paso en los hombres a esta vida. Sus palabras son "palabras de vida eterna" (Jo. 6, 68; Act. 13, 26). Son la expresión de la verdad sin cambios que le hacen acepto a los hombres y van, abriendo el surco de la fe en El como Hijo de Dios, Salvador y Glorificador nuestro, y en este surco de luz deposita El su gracia, su vida eterna.

Una vez depositada en nosotros esta vida, a manera de precioso germen, El mismo se convierte en el alimento con el que se vaya desarrollando y nos vaya transformando en El. "Yo soy, el verdadero pan del cielo superior al maná" (Jo. 6, 32. 49), el "pan de Dios" (Jo. 6, 33), "el pan de vida" (Jo. 6; 35. 48) "el pan vivo" (Jo. 6, 51) "que ha descendido del cielo y da vida al mundo" (Jo. 6, 33. 52). "Así como el Padre que me ha enviado vive y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí. No os sucederá como a vuestros padres que comieron el maná y no obstante murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente". (Jo. 6, 59).

Jesucristo es también bebida. La Etnografía nos habla de las leyendas de La Fuente de la Vida y de la Juventud, de El Río de la Inmortalidad, que desde remotísimas edades y en diferentes latitudes expresan el anhelo nunca apagado del hombre a prolongar su vida y conseguir a poder ser la inmortalidad. Reminiscencias nostálgicas, probablemente, del estado feliz e inmortal al que Dios había destinado al hombre en el paraíso regado por el río de cuatro brazos y poseedor del árbol de la vida.

Ahora bien: En el paraíso de la Iglesia se ha constituido Nuestro Señor en ese árbol de la vida y fuente de inmortalidad. Es su taxativa palabra: "Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día" (Jo. 6, 55). Quisiéramos, es verdad, gozar de vida eterna sin morir a ésta; pero en algo habíamos de notar que somos descendientes de Adán, desposeídos de un privilegio, no exigencia, que como patrimonio de la humanidad había puesto Dios en sus manos y él no supo conservar.

Con la muerte rendimos el más significativo homenaje a la vida indeficiente de Dios, a su dominio absoluto y a la veracidad de su palabra, pero nunca sabremos agradecer lo suficientemente a Dios el habernos dado a Jesucristo que, como dice el Apóstol, con frase feliz "ha alumbrado" desde el oscuro fondo de la muerte "la vida y la inmortalidad" (2 Tim. 1, 10).

Luz y vida se centran en Jesucristo de manera muy particular, exclusiva. Antes le hemos oído decir que "el que le sigue tendrá la luz de la vida" (Jo. 8, 16). Como Verbo o Palabra del Padre, "luz de luz" que expresará más tarde el Concilio Niceno Constantino-politano, "en El estaba la vida y esta vida era luz de los hombres que resplandece en las tinieblas y las tinieblas no le recibieron, pero a los que la recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios. Y para esto el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros—para traernos la vida de Dios—y nosotros hemos visto su gloria—su luz, su resplandor—, gloria cual correspondía al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Jo. 1, 1-18).

La vida que de su plenitud nos comunica Jesucristo, lo estamos oyendo, viene envuelta en su luz de gloria. Es la participación de la vida divina en la que quedó unida su sacratísima humanidad y esta vida es la vida eterna. Sembrada en nuestro compuesto mortal de alma y cuerpo, nos va prestando luminosidad conforme se va desarrollando y nos hace "hijos de la luz y del día" (Luc. 16, 8; 1 Thes. 5, 5), revestidos de las armas de la luz" (Rom. 13, 12) para producir "los frutos de la luz" en toda bondad y justicia y verdad, inquiriendo lo que es agradable a Dios" (Eph. 5, 8s.). Al desprenderse el alma del cuerpo se mostrará esta vida divina en todo el esplendor de su belleza: transparencia radiante de la divinidad que un día envolverá también al mismo cuerpo.

Y para que no pensemos que sólo se trata de brillantes promesas, pero, quizás, vacías de realidad, Jesucristo que es el "autor de nuestra fe" quiso también manifestarse como "consumador o cumplidor de ella" en sí mismo (Hebr. 12, 2) trasfigurándose entre celestes resplandores ante sus discípulos, resucitando glorioso al tercer día y subiendo triunfante, en cuerpo y alma, a la patria de los bienaventurados.

LUZ Y VIDA EN LA IGLESIA

La Iglesia perpetúa la obra de Jesucristo en su nombre. Esta es toda su razón de ser. Para eso la proveyó de la luz de su doctrina y de los tesoros de su vida divina que ella difunde por la predicación y la administración de los siete sacramentos, de los cuales constituye el centro El mismo en la Eucaristía.

Luz que ha ido iluminando al mundo sacándolo de las sombras de la idolatría; vida que ha elevado y dignificado al hombre entero, cuerpo y alma; luz y vida que han restaurado y abrigado en nosotros la imagen de Dios y han llenado el mundo de esperanza, de poesía y de santidad.

De esta luz y de esta vida son portadores los misioneros que desde hace algún tiempo recorren nuestras naciones hispanoamericanas. Panamá y El Salvador han sido las primeras en Centroamérica en participar de sus beneficios influjos, claridad en las mentes, rectitud en las intenciones, satisfacción, gozo y paz en los corazones.